

I RESEÑAS IBEROAMERICANAS

IBEROAMERICAN REVIEWS

ANA M. RODRÍGUEZ-RODRÍGUEZ / JOSÉ ELÍAS GUTIÉRREZ MEZA / SARA MUÑOZ-MURIANA / ÁLVARO CEBALLOS VIRO / ROMINA IRENE PALACIOS ESPINOZA / LUIS G. MARTÍNEZ DEL CAMPO / VOLKER JAECKEL / BERNAT CASTANY PRADO / MARÍA DEL PILAR JÓDAR PEINADO / CARMEN MORÁN RODRÍGUEZ / RAÚL MARRERO-FENTE / DIRK BÜHLER / RAQUEL CRESPO-VILA / FERNANDO DEGIOVANNI / ELENA IGARTUBURU / VIOLETA AYLES TORTOLINI / CAROLINA FERNÁNDEZ CORDERO / NINO VALLEN / ANDREA MÜLLER / MANUEL PÉREZ / STEFANO HAGEN / LUIZ ROBERTO FONTES / AGUSTINA CARRIZO DE REIMANN / FERNANDO QUESADA / JOSÉ ZANCA / PATRICIA CAROLINA SAUCEDO AÑEZ / BERTHOLD RIESE / LASSE HÖLCK / REGULA ROHLAND DE LANGBEHN / RAFAEL GARCÍA PÉREZ / ANTONIO RIVERA

2. LITERATURA LATINOAMERICANA: HISTORIA Y CRÍTICA

Javier Fernández Díaz: *La alegría de las influencias: Roberto Bolaño y la literatura estadounidense*. Murcia: Editum, 2017. 428 páginas.

Para Spinoza, cuando el ser humano, atravesado por ese principio universal de vida que es el *conatus*, o deseo de incrementar su potencia, se encuentra con una realidad que disminuye u obstaculiza su capacidad de actuar, se ve invadido por un sentimiento de tristeza, mientras que cuando se encuentra con una realidad que la aumenta o facilita, le embarga un

sentimiento de alegría. Del mismo modo, esa tan particular especie de ser humano que es el escritor, se caracteriza por su deseo de incrementar su potencia literaria, que puede verse frustrada, o entristecida, cuando no sabe cómo enfrentarse a autores que lo acomplejan y paralizan —la célebre *Angustia de las influencias* de Harold Bloom—, aunque también puede suceder que logre encontrar las energías y las estrategias adecuadas para que esos mismos autores lo catalicen, o potencien. Tal sería el caso de Roberto Bolaño, en relación con autores como Walt Whitman, Mark Twain o Herman Melville, según muestra con felicidad un libro como *La alegría de las influencias: Roberto Bolaño y la literatura estadounidense* (2017), de Javier Fernández Díaz. No se trata, pues, solo de un excelente estudio de las relaciones de Bolaño y la literatura estadounidense, sino también de una guía para escalar gigantes literarios.

En el primer capítulo, titulado “La alegría de las influencias: El canon norteamericano de Roberto Bolaño” (pp. 31-84), el autor describe y analiza la metodología de trabajo del autor de *2666*, ya que considera que ilumina aspectos importantes de la obra de Bolaño. Para empezar, Javier Fernández Díaz niega el mito de corte romántico del “Bolaño salvaje”, que presenta al autor como un ser inspirado que escribe de forma desordenada e impulsiva, y propone sustituirlo por la idea de un “Bolaño orfebre” (pp. 31-41), tal y como probarían los cientos de minuciosas libretas con notas, listas, resúmenes, correcciones y reescrituras que llenó a lo largo de su vida. A continuación se expone la poética de Bolaño (pp. 41-54), trayendo a colación

conceptos como los de “literatura de la extenuación”, “influencia”, “canon” o “palimpsesto”. Según el autor, las claves fundamentales de la narrativa de Bolaño serían: la utilización de parejas protagonistas que funcionan como dobles, la fragmentación de la narración en relatos o registros que remedan la oralidad, la presentación de personajes ubicados fuera de la sociedad, el motivo de la exhibición aérea, la presencia de la violencia en lo cotidiano, los asesinatos de mujeres como crímenes irresolubles y símbolo del mal, la dictadura chilena y el motivo de las reseñas de libros ficticios y delirantes (pp. 47-51). A continuación el autor evidencia, con profusión de nombres y de citas, la influencia del canon estadounidense en la obra de Bolaño (pp. 54-69), ofreciendo incluso una tabla de referencias explícitas que abarca prácticamente toda la obra publicada del autor (pp. 58-67). El último apartado de este capítulo, titulado “El canon norteamericano de Roberto Bolaño” (pp. 69-84), estudia, a partir de una lectura atenta de los artículos de Bolaño, recogidos póstumamente en *Entre paréntesis*, libro considerado por Ignacio Echeverría como una “cartografía personal”, la visión y la vivencia que Bolaño tiene del canon estadounidense, que contempla a Whitman, Twain o Melville como sus influencias fundamentales.

En el segundo capítulo, titulado “Las máscaras y los espejos: influencias formales” (pp. 85-278), Javier Fernández Díaz estudia los principales rasgos estilísticos, narrativos y temáticos de la obra de Bolaño, siempre en conexión con el canon estadounidense. En primer lugar, se estudia el carácter autobiográfico —o autoficcional— de la escritura del escritor chile-

no (pp. 86-96), con influencias de obras estadounidenses de naturaleza semejante, como las de Miller, Kerouac o Burroughs (pp. 97-125). A continuación se estudia la impronta oral y poética en la obra de Bolaño (pp. 125-168). Se afirma la existencia de dos líneas estilísticas: una apolínea, “de sintaxis concisa y limpia de juegos o pliegues” y otra de tono dionisiaca, “influenciada por su poesía hiperbólica y lindante con lo ‘carnavalesco’” (p. 126). El autor se centra en esa segunda línea, realizando un estudio de la oralidad y de los rasgos coloquiales en la escritura de Bolaño, y sus armonías con la obra de narradores de impronta oral, como Twain, Ginsberg o Kerouac, y de poetas conversacionales, como Whitman, Pound, Elliot, William Carlos Williams o los *beatniks*. Un tercer rasgo de la escritura bolañesca es la ironía y la sátira (pp. 168-222). Tras citar al mismo Bolaño, quien lamentaba en su artículo “El humor en el rellano”, la ausencia de una tradición humorística en la literatura latinoamericana, Javier Fernández Díaz estudia algunos de los principales aspectos humorísticos de su obra relacionados con el canon estadounidense, centrándose especialmente en la ironía, donde destacan nombres como Ambroce Bierce, Mark Twain y Herman Melville (pp. 173-189), y en la sátira, donde destaca el periodismo *gonzo* de Hunter S. Thompson (pp. 190-197). A continuación se exponen algunos de los mecanismos humorísticos principales de la prosa de Bolaño (pp. 197-222), tales como el uso de la repetición, estructural en una obra tan influyente para el autor chileno como fue *Slaughterhouse-Five* de Kurt Vonnegut, la hipérbole, tan habitual en la caracterización de los per-

sonajes de *On the Road* de Kerouac; o el costumbrismo ácido de una obra como *Nova Express* de Burroughs. Según el autor, “la risa es el elemento que permite a Bolaño y a sus lectores valorar con una cierta perspectiva el horror y la violencia de lo narrado. Así se entiende que el humor en sus novelas, lejos de ser frívolo o superficial, representa la única conciliación entre las vidas maltrechas que narra y el no renunciar a la capacidad de ironizar sobre ellas” (p. 222). El capítulo se cierra con un análisis de la impronta del canon estadounidense, en general, y de la “gran novela americana”, en particular, en la estructura novelística de las obras de Bolaño (pp. 222-258). Los rasgos principales de dicha estructura novelística son el viaje de aventuras iniciático (pp. 224-237) y el enigma o la búsqueda perpetua (pp. 237-258), al modo del *Moby Dick* de Melville, o de *Las aventuras de Huckleberry Finn* de Twain. Finalmente, partiendo de los planteamientos de Umberto Eco en *Opera aperta* (1962) y *Lector in fabula* (1979), Javier Fernández Díaz se plantea cuál es el lector modelo de la obra de Bolaño (pp. 258-278), lo cual supone una descripción indirecta de la estructura narrativa de sus novelas, que, según el autor, renuncian al desarrollo lineal, utilizando, al modo del “*I progress as I digress*” de Sterne, la desviación como mecanismo compositivo, dando lugar a una postergación infinita de la entrega del sentido.

En el tercer capítulo, titulado “Paisajes de sonora: intertextos y motivos” (pp. 279-386), se analiza la mitología privada del escritor chileno, o lo que algunos críticos han denominado el “territorio Bolaño”. Un elemento esencial de ese

territorio, especialmente a partir de *Los detectives salvajes* (1998), es la épica. Sin embargo, Bolaño tiene un modo muy particular de declinar el *pathos* ético, pues no se trata tanto de una ética de la victoria, como de una épica del fracaso, entroncada directamente con la *Historia universal de la infamia*, de Borges, de la que el autor chileno llegó a decir que era “una historia en donde la épica solo es el reverso de la miseria, en donde la ironía y el humor y unos pocos y esforzados seres humanos a la deriva ocupan el lugar que antes ocupara la épica”. Los temas clásicos de la épica que Bolaño refunde son el viaje como elemento estructurador, la aventura, la lucha, el exilio y el desamparo del héroe. Así, pues, señala Javier Fernández Díaz, “en la épica como *ethos* de Bolaño, se conjugará la noción de poesía como el oficio de los héroes, la fascinación por la derrota y el fracaso al que están condenadas las aventuras de sus personajes y la capacidad de reescribir el pasado representado por el relato de la muerte del sueño revolucionario que pobló el imaginario de su juventud” (p. 280). Un elemento fundamental de la épica es la noción de adversario o de enemigo, que, en el caso de Bolaño, va a ser el mal y la violencia, que es otro de los temas fundamentales de su obra (pp. 350-386), que no deja de ser, al modo del *Facundo* de Sarmiento y de *Los orígenes del totalitarismo* de Arendt, una teodicea laica. Es en este punto donde aparece el oficio literario como elemento central de toda su obra, pues, en ella, la escritura es el campo de batalla en el que la única victoria posible es dar cuenta del mal y la violencia, no sólo del mundo, sino también de nuestro propio ser.

Antes de acabar me gustaría me gustaría señalar que Javier Fernández Díaz no cae en lo que podríamos llamar “el síndrome de Axolotl”, en virtud del cual tantos críticos acaban mimetizando el estilo e imaginario de los autores que estudian, llenándolo todo de laberintos circulares borgeanos o deconstrucciones del deconstructivismo. Lo cierto es que Javier Fernández Díaz se resiste con felicidad –o, por utilizar su propia terminología, con alegría– a la capacidad de contagio e influencia de Roberto Bolaño, mostrando poseer su propia voz crítica y literaria. Eso no quita para que comparta con Bolaño algunos rasgos encomiables, como son su capacidad narrativa, puesto que también existe una narrativa de las ideas y de los argumentos, como prueba el hecho de que la lectura de este libro active los instintos de la búsqueda, la inminencia y el progreso; y su capacidad épica de trabajo, pues nos hallamos ante un libro profundo y exhaustivo, casi obsesivo, surgido de unas libretas no muy diferentes en apariencia a las que dieron lugar a la obra que estudia.

En definitiva, no nos hallamos solo ante un estudio excelente, que arroja luz sobre toda la obra de Bolaño y buena parte de la mejor literatura estadounidense, sino también ante un libro alegre, que estimula a seguir leyendo y escribiendo ¿y qué otra cosa se le puede pedir a un libro?

BERNAT CASTANY
(UNIVERSIDAD DE BARCELONA)